

## “Cuando fumas toda mi hierba...”

*El boom de la marihuana. Auge y caída del primer paraíso de las drogas en Colombia*

LINA BRITTO

Crítica, Bogotá, 2022, 496 pp.

“QUIZÁ LA más grande lección de la historia es que nadie aprendió las lecciones de la historia”. ¿La conocen? Es una frase popular de Aldous Huxley, o de quien quiera que la haya escrito antes. Otra frase célebre y también cierta es que cualquiera puede hacer historia, pero solo un gran hombre —en este caso, una mujer— puede escribirla. Algo así es lo que hace Lina Britto (Medellín, 1974) con la “bonanza marimbera”: cuestionar y trascender el lugar común que la reduce a una anécdota regional, y que podemos ver en películas como *Pájaros de verano* (2020) o en monografías académicas que reducen todo al abandono estatal.

Una frase de la contraportada de este libro, escrita por Eduardo Sáenz Rovner, pone las cartas sobre la mesa: es una obra destinada a convertirse en clásico de la historiografía de las drogas ilegales. Si nos atenemos a las demás frases de contraportada tenemos que estar de acuerdo con eso. En este libro de Britto hay un brillante estudio, datos invaluable de información, argumentos arriesgados, enfoques orgánicos, personajes intrigantes: todo lo que tiene un relato esencial para comprender por qué pasamos de vivir en el realismo mágico a sufrir el realismo mágico.

*El boom de la marihuana* está ambientado a mediados del siglo xx en el Gran Magdalena, cuando no existían departamentos como el César o Sucre, y el punto de referencia para propios y foráneos era la Sierra Nevada de Santa Marta, que se imponía como una frondosa pared verde y blanca de espaldas al mar Caribe. Su autora es una periodista e historiadora de la Universidad de Nueva York, que forma parte de una generación de investigadores, curadores y periodistas del nuevo milenio que decidieron destejer los hilos del narcotráfico. El trabajo (su monografía académica de doctorado que ganó el Premio Nacional de la Fundación

Alejandro Ángel Escobar 2021, en la categoría de ciencias sociales y humanas) parte de una pregunta: ¿cómo fue posible que un país que nunca había jugado un papel protagónico en el negocio del tráfico ilícito de drogas en el continente se tomara, en cuestión de unos años, el mercado hasta entonces más grande de la historia?

La respuesta es una historia con demasiadas capas, conexiones, pesquisas. Ella escribe: “Esta región (el Gran Magdalena) estaba acostumbrada a producir mercancías sin valor agregado [café, banano, algodón] para la exportación hacia los Estados Unidos antes de la marihuana” (p. 24). Si hoy viajamos a alguna feria cannábica, de las tantas que se hacen en Estados Unidos, es posible encontrar semillas de la Santa Marta Golden en cajitas adornadas. Cincuenta años antes, cuando la contracultura hippie se expandía desde California hacia los cuatro puntos cardinales con un mensaje de libertad e inconformismo, y en las universidades estadounidenses emergía un mercado para la marihuana mexicana y jamaicana (en el Mayo de 1968 en París, por el contrario, la droga más popular fue el hachís o kif marroquí), los veteranos de Vietnam, que se habían quedado sin nada que hacer, comenzaron a llevar en veleros (y a fumar, claro) la áspera, dulzona y aromática marihuana que provenía de la sabana caribeña colombiana. Unos años después, cuando el mercado creció tanto, y cantantes jóvenes como Diomedes Díaz y Rafael Orozco amenizaban las parradas demenciales de los marimberos mayores, estos veteranos decidieron alquilar aeronaves de la Segunda Guerra o de Vietnam para transportar toneladas de hierba desde pistas clandestinas en Colombia.

Por el papel de Lina Britto como tejedora de tres saberes (historia, antropología y periodismo), tenemos la oportunidad de hilvanar a su lado la manera en que los campesinos (muchos de ellos del interior) sustituyeron los cultivos de algodón o de café para sembrar la marihuana, y las peripecias para camuflarla entre costales que eran transportados en mula por las faldas de la Sierra Nevada o por el corredor comercial establecido entre Maicao, Riohacha y la península de La Guajira hacia las distintas islas del Caribe con destino a la Costa Este

norteamericana. Pasan frente a nuestros ojos, y los proyectamos en una pared blanca, combates feroces, pequeñas hazañas y derrotas terribles. Britto es una investigadora cuidadosa, y sabe que el poder de la narración está en diseñar puentes para contar y decir. En este extenso texto que trenza el ensayo académico y el reportaje duro y puro, se entremezclan imágenes poderosas de acción con planteamientos provocativos que invitan a debatir. Justamente los cruces de camino que recorren la historia reciente de Colombia.

Y cuando digo que hay un cruce de caminos no solo me refiero a las rutas del mercado: también el alma nacional fue sacudida en esa guerra frontal contra las drogas impuesta por los gobiernos gringos, durante esos años cuando todo se agitaba en esta esquina del mundo. Un titular de prensa que muchos leímos alguna vez puede resumir, a manera de maledicencia, la pregunta que todos nos hacíamos: “¿Qué es lo que pasa en Colombia?”. Las respuestas son un abanico de atajos. Unos dicen que el país se jodió al negociar la paz con las guerrillas. Otros, cuando los gobiernos colombianos acudieron al Tratado de Extradición con los Estados Unidos, un instrumento legal más temible e inmediato, incluso un garrote de venganza. O cuando mataron a Galán. O con las escuelas de asesinos. El narcotráfico, esa “hidra sigilosa pero incontenible que no se ve por ninguna parte y está en todas”, como escribió García Márquez (“¿Qué es lo que pasa en Colombia?”, publicado en *El País*, Madrid, 5 de noviembre de 1989), no fue una simple anécdota nacional producto de la ausencia de Estado en regiones periféricas, sino el fruto indeseado de una relación cada vez más íntima con los Estados Unidos, tal como se recuerda en la contraportada del libro.

En últimas, las drogas no fueron una bomba atómica que cayó desde el cielo gringo y erosionó los cimientos del buen hombre colombiano, y de su familia y compadres. No fue así: si algo ha enseñado la historia es que el bien y el mal se hallan íntimamente unidos. Lina Britto argumenta que no fue una escisión ni una invasión, sino una continuidad. Un argumento arriesgado y contraintuitivo, como aparece en el acta del jurado del mencionado premio. En una entrevista con la revista *Cambio Colombia*, Lina

RESEÑAS		HISTORIA
<p>Britto comenta que “en inglés le dicen un <i>pit stop</i> (y de inmediato las imágenes de los <i>pits</i> de la F1), donde paras un ratico, cargas la gasolina y sigues. <i>El boom de la marihuana</i> es un capítulo más en la historia del desarrollo agrario de la costa Caribe colombiana” (<a href="https://cambiocolombia.com/articulo/radar/el-primer-paraiso-de-las-drogas-en-colombia">https://cambiocolombia.com/articulo/radar/el-primer-paraiso-de-las-drogas-en-colombia</a>).</p> <p>El libro está dividido en tres partes: la primera revisa la conformación territorial del Gran Magdalena (enfocada en La Guajira); la segunda se detiene en las adaptaciones tecnológicas que permitieron la expansión del cultivo y el tráfico de la “marimba” (“Encontraron otro mar de marihuana”, titulaba <i>El Tiempo</i>), y la tercera se acerca al declive de la bonanza marimbera, a partir de la persecución de las autoridades a los capos, que terminaron huyendo del país, travestidos de paramilitares o en la absoluta ruina.</p> <p>Por otro lado, es una puerta para los debates más espinosos que atraviesan el nuevo milenio, pues, viendo el manejo político, militar y moral que se le ha dado a la prohibición de las drogas, encontramos que el negocio no consiste en las sustancias mismas sino en la ilegalidad. Las prohibiciones estimulan el consumo en las calles de Nueva York o Los Ángeles, y agitan tanto la depredación de la selva o los ríos como la guerra de carteles en nuestro continente. Y entre la prohibición, la guerra y las luchas ambientales buscamos (negociamos) nuestro lugar en el ajedrez de la lucha contra las drogas: pasar de ser satélites obedientes de la política exterior gringa a tomar una postura propia, inteligente. Por ejemplo, la propuesta de “cambiar la deuda externa por cuidar la vida y la naturaleza”, como dijo el presidente Petro en su primera intervención ante la ONU. Petro es un estadista; Britto, claro, académica: de hecho, cuando se revisa la literatura que se ha escrito sobre la bonanza marimbera (<i>La mala hierba</i> de Juan Gossain, por citar solo una novela) queda la sensación de que aún falta mucho por contar, una historia ensombrecida, y que asiste, en medio del horror cotidiano del mundo, entre silenciosa y perpleja, al universo exuberante y ruidoso de los jinetes de la cocaína.</p> <p>Es cierto: la historia nos alivia del pasado, nos permite observarlo,</p>	<p>comprenderlo y asumirlo, y así nos invita a replantear las memorias, cuestionar sus versiones; pero quizá el misterio de verdad no radica en el pasado, que es común a todos, sino en los relatos que hacemos de nosotros mismos como nación, que es la conciencia colectiva. La obra de Britto nos permite atravesar la distancia infranqueable de lo que <i>fuimos</i>, y es el anuncio de lo que podemos llegar a <i>ser</i>.</p> <p style="text-align: center;"><b>Fernando Salamanca</b></p>	